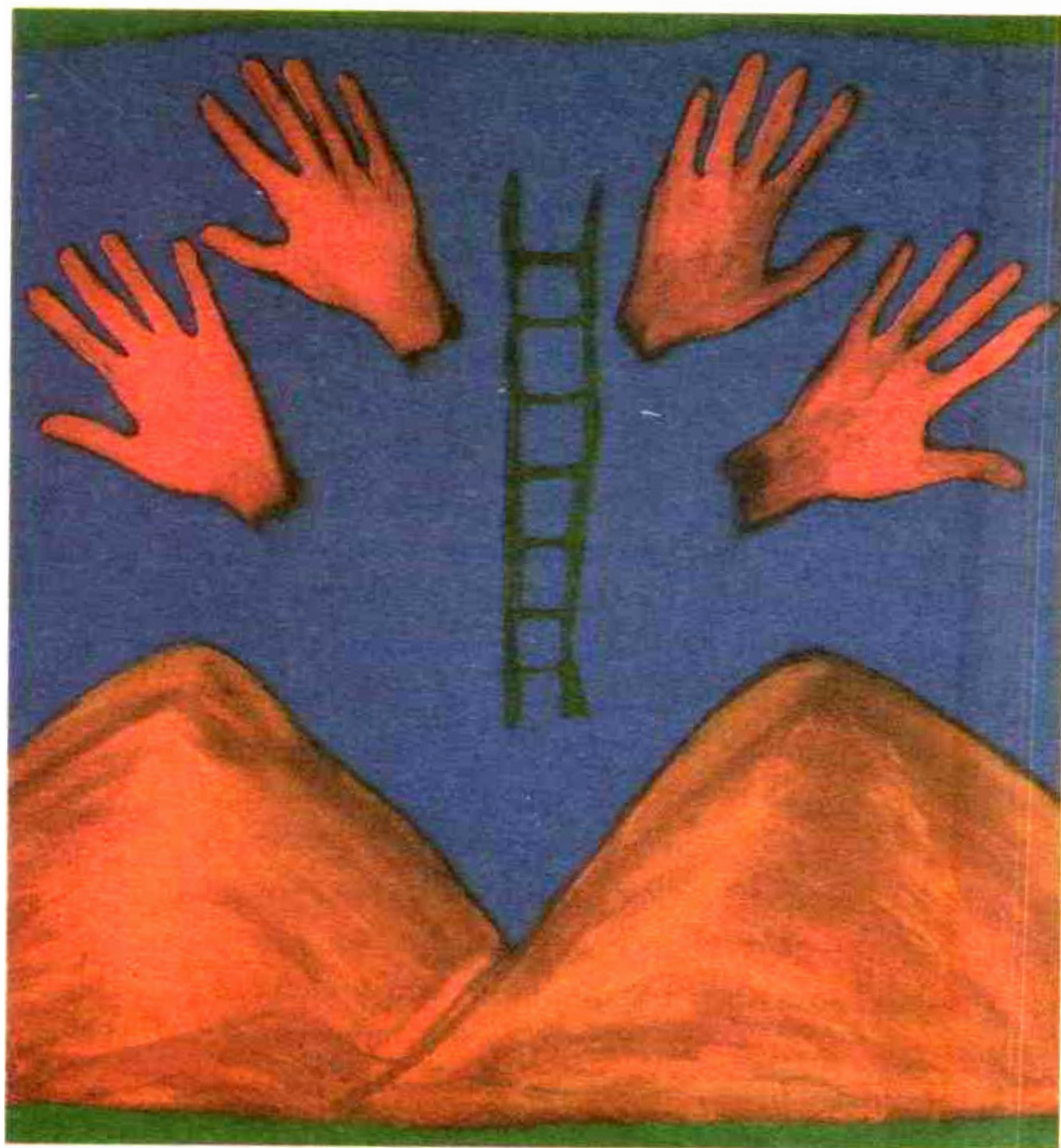


Ensayos



SHERRI SILVERMAN. *Escaleras de la luz N° 6: Manos rojas.*

Rafael Barrett

Descubridor de la realidad social del Paraguay

Augusto Roa Bastos

REFLEXIONAR Y ESCRIBIR sobre Rafael Barrett, sobre la enorme y profunda experiencia que representó —y representa— el conjunto de su vida y de su obra en el proceso cultural de un pueblo material y espiritualmente devastado como el Paraguay por arrasadoras vicisitudes históricas, es hoy una tarea al par que difícil cada vez más urgente y necesaria. Dar a conocer sus textos, difundirlos, es no solamente una tarea de rescate de una de las obras más lúcidas e incitadoras que se escribieron en el Paraguay —y que quedó prácticamente desconocida por las nuevas generaciones—; es también contribuir a replantear, desde un punto de partida insoslayable, los problemas sociales y culturales de base que afronta esta colectividad y, por extensión, los del sector de la cuenca del Plata, uno de los sectores más conflictivos en la convulsionada realidad de nuestra América.

Rafael Barrett fue un precursor en todos los sentidos. Su extraña a la vez que transparente vida, malograda prematuramente en la plenitud de sus mejores potencias, luego de la también extraña y fulminante «conversión» del *dandy* europeo al predicador del pensamiento libertario y de las modernas ideas de liberación, en el seno de una sociedad esclavizada social y políticamente, la tornan paradigmática en un contexto lleno de fracturas, asincronías y fallas de todo orden como consecuencia de la dominación y de la dependencia, causas de nuestro atraso y subdesarrollo. Su camino de Damasco fue éste: su contacto con América y con el Paraguay, en particular.

Rafael Barrett fue un precursor, no sólo en el sentido del que precede y va adelante de sus contemporáneos, sino también en el del que profesa y enseña ideas y doctrinas que se adelantan a su tiempo.

En la noche del infortunio paraguayo, la vida y obra de Barrett fue un meteoro que resplandeció, por desdicha, sólo un corto instante. Un resplandor, sin embargo, que proyectó vislumbres futuras: las que hoy tienen plena vigencia. De su horizonte se puede decir que era «el mismo suelo que pisaba». Contra ese horizonte se yergue ahora su figura como la de un contemporáneo; se dibuja su ideario fervoroso e insobornable. Este ideario al que el futuro dio la razón, al tiempo de hacer de su vida y de su obra una parte —la más lúcida y firme— de nuestro pasado pero también de nuestro presente y de nuestro porvenir. Y esto no sólo con relación al Paraguay feudalizado, aplastado, colonizado, sino a toda nuestra América.

Más que un predicador político o un moralista práctico que predicó con su acción y con su obra, fue un rebelde visionario, un obrero infatigable de ese afán redencionista que marcó su alma a fuego y la volvió incandescente: uno de esos «espíritus dehiscentes como semillas», abierto al futuro en una obra en la que no hay nada que adivinar y sí todo por aprender. «Es por la obra que nos ponemos en contacto con la esfinge —dijo el propio Barrett—. No es seguramente como espectadores que descifraremos el enigma de la realidad, sino como actores».

Y también: «El mayor problema filosófico es reconciliarnos con la muerte, y quizás lo resolvamos mediante la obra. No somos sino el vehículo de las formas. No se comunica sino lo que es común a todos. No somos los dueños sino los depositarios de la vida. Por eso el amor es una deuda, y está hecho de sacrificio. No nos entregamos solamente, sino que nos devolvemos».

Tal fue la persuasión más profunda, la actitud, la actividad y el legado de Rafael Barrett.

RADIUM ESPIRITUAL

Casi toda su obra fue producida como artículos, notas, comentarios y alguno que otro ensayo, alguna que otra conferencia para la prensa periódica o para auditorios no siempre dispuestos a calar, a recibir con entusiasmo fértil estos mensajes. Sin embargo, esta obra tiene la consistencia y coherencia de un corpus que un pensamiento poderoso hubiese forjado a lo largo de una extensa vida. De esta obra, de estas crónicas, dijo Vaz Ferreira: «Son de las más hermosas y puras y ardientes condensaciones de pensamiento y sentimiento de hombre: como radium espiritual».

Su faena —con palabras de Martí— fue «arte de fragua y de caverna, que se riega con sangre y hace una víctima de cada triunfador». Alumbró en las tinieblas de una noche demasiado larga la memoria o el presentimiento

no demasiado utópico, en el que el sol de todos los días alumbrara por fin para todos esa pobre, esa inerme, esa inextinguible posesión de la dignidad humana cuya plenitud no adviene más que cuando se la comparte en la comunión y en la solidaridad.

Por supuesto, en esta vida y en esta obra no faltaron las contradicciones. ¿Qué grande hombre no las tiene, más aún en el seno de una sociedad desestructurada y contradictoria? Barrett que adoptó el «dolor paraguayo», además de los suyos personales y secretos, hizo de ambos un territorio común sobre el cual no podía caminar sino con los pies desnudos, con el alma desnuda, con todas las virtudes y todos los defectos del hombre. Aunque hay que decir, en mérito a la verdad de Barrett, que estos posibles defectos, incluso el de la posibilidad del orgullo intelectual, fueron prontamente calcinados en ese fuego que los consumió en poco tiempo; ese fuego en que el yo, trascendido y entregado desde adentro, se convierte en humanidad; ese yo que bajó hasta los postrados a quienes enseñó a recoger su vida y a encaminarse hacia el porvenir.

¿Qué responder a los que nos piden lo imposible, a los que de nada se extrañan?, se preguntaría Barrett con la transida pregunta que mucho más tarde se harían Bretón y Eluard: Los goznes de pan cierran las puertas del hambre, el buen tiempo cierra las prisiones. Es siempre. Es nunca. Los seres posibles interrogan a los seres probables ya sin padres ni madres.

La vida y la obra de Barrett son un intento de responder a estas preguntas de los postrados, de los que nos piden lo imposible, de los sin pan y de las muchas prisiones. Y esta tentativa —contra el «siempre» y el «nunca»— ha llegado hasta hoy, hasta nosotros, con la madurez de los frutos del tiempo.

No es casual que su primer libro publicado se titule *Moralidades actuales*. En uno de sus artículos, precisamente, conmina admonitoriamente a que no digamos que el hijo reproduce al padre. «No pronunciéis esta frase cruel y necia: nos heredamos, nos reproducimos, somos los de antes. Blasfemia profunda que hace de la humanidad espectros y no hombres».

El hombre Barrett se dirigía a los hombres de su tiempo y los impulsaba desde su pasado común a la tierra común de los nuevos hombres.

Esta fue su voz clamante en el desierto. Este fue el rescate que pagó por anticipado con la entrega de su propia vida. Hay un momento en que Rafael Barrett, ya consumido por la tuberculosis, quemado hasta el fondo por el dolor paraguayo, besa a su hijo apoyando sus labios en el vidrio de una ventana detrás del cual el niño lo mira. No era éste un gesto vanamente sentimentaloides; era la actitud de quien niega los estigmas de una herencia inhumana y afirma el derecho de los hombres nuevos contra la fatalidad de los espectros.

VIDA Y OBRA

No contamos aún con una biografía seria y autorizada de Barrett. Sobre su vida se han acumulado anécdotas, malentendidos, epígrafas, detracciones o exégesis ampulosas que velan por igual la genuina sustancia de este hombre ejemplar. Lo malo es que la vida de hombres como Barrett nos induce a un lenguaje apologético, que no siempre es el producto de una legítima admiración sino de las supersticiones de una mala conciencia individual y colectiva. Tal vez sea también el defecto principal de esta nota introductoria. Reconocerlo es ya un paso hacia el gradual descubrimiento de una verdad de la que no se ha dicho aún la palabra justa.

En cuanto a los textos de la obra barrettiana, la necesidad de un rigor de análisis es todavía más necesaria. La doble vertiente sociológica y literaria de estos textos —aparte de otros abordajes posibles y también deseables de acuerdo con los modernos métodos de la investigación textual—, puede aportar elementos valiosos y nuevos en la correlación de sus estructuras con las de una realidad social, en el diseño de sus covariaciones significativas, estrechamente ligadas.

En el pequeño pero brillante grupo de intelectuales —que formaron lo que se llamó el novecentismo paraguayo— fue Barrett casi el único que observó y exploró los más diversos aspectos de la realidad socio-cultural del país. Los otros se hallaban ocupados en difundir una cultura de alto nivel en una utópica puesta al día con la de Europa; varios de ellos preocupados sobre todo por los problemas de la historiografía relacionados con la guerra del 70: los desmembramientos territoriales y la defensa de los títulos de posesión del Chaco paraguayo (que luego iba a originar otra guerra, la que enfrentó a Bolivia y Paraguay en 1932-1935).

Barrett fue también uno de los pocos que se interesaron con criterio crítico y científico en los problemas del bilingüismo en el Paraguay. Este bilingüismo exaltado románticamente como un índice de la riqueza cultural del país entró a formar parte del mito del etnocentrismo guaraní. Como expresa Francesc Vallverdú en su libro *Ensayos sobre el bilingüismo*, citando a Aracil: «En un país donde dos lenguas tropiezan a cada momento y una desaloja a la otra, la mistificación del bilingüismo como valor supremo tiende inequívocamente a neutralizar —idealmente cuando menos— las inevitables tensiones del conflicto (. . .) Si el mito ha prevalecido, habrá que imputarlo a las clases superiores y a los intelectuales autóctonos». Barrett fue el primero en darse cuenta de que bajo el «valor supremo» del mito o de la mistificación del bilingüismo, se escondían los problemas emergentes de una sociedad en la que la fuerza espiritual y material de las clases dominantes supone siempre el otro término de clase y de lengua dominadas. Es decir, un problema ideológico: lo que desde Ferguson, no hace muchos años, se conoce como el fenómeno de

diglosia, en el choque y fricción entre una lengua formal y una lengua no formal, con sus connotaciones socio y psico-culturales en el campo de la problemática de una lengua y de una cultura bilingües.

Barrett percibió claramente este fenómeno diglósico, como un indicio más de la relación existente entre dominantes y dominados de una sociedad en situación semifeudal y semicolonial como la paraguaya de su tiempo. Se adelantó así, también precursoramente, a las modernas teorías sobre el bilingüismo, el dilingüismo y la diglosia con sus variables específicas.

Sin negar la validez y la incompatibilidad de las dos lenguas (una formal, culta, con escritura, el castellano; la otra, informal, oral, popular, el guaraní), Barrett delimitó sagazmente los dos campos, roles o funciones de ambas, casi en los mismos términos en que Bernard Pottier había de hacerlo no hace mucho al referirse al mismo problema. «Las necesidades mismas —formuló Barrett— el deseo y el provecho mayor o menor de la vida contemporánea regularán la futura ley de transformación y redistribución del guaraní».

El hecho innegable es que Barrett —como lo demuestra este ejemplo— concibió y redactó sus textos con un genuino sentido creativo y no sólo como una didascalia moralizadora. La coherencia de sus escritos desborda las limitaciones del único medio de que entonces disponía —el periodismo— para la expresión de su pensamiento. Su escritura es, en este aspecto de su obra, el terreno que más atrae y promete como un nivel iluminador de la obra en su conjunto, a través del análisis de sus significaciones segundas. Pero, precisamente por este hecho, una investigación semejante sólo se justificaría en virtud de un afinado análisis que desplegara todas sus significaciones posibles.

LA ISLA MISTERIOSA

En uno de sus epifonemas, en que satiriza el «espíritu científico» de los sabios de gabinete, Rafael Barrett narra el siguiente brevísimo apólogo:

En uno de mis viajes lejanos, descubrí una isla. De vuelta, visité a un célebre geógrafo. Me oyó, consultó largamente libros y planos, y me dijo:

—La isla que ha descubierto no existe. No está en el mapa.

El agudo sentido epigramático de la fabulilla alude certeramente a la voluntaria ceguera de ciertos «geógrafos» que tradicionalmente se han ocupado del Paraguay como de una isla que parece haberse caído del mapa. Aquellos más cautos que han preferido encerrar este vacío de su desconocimiento en una fórmula no menos vacía: «la incógnita paraguaya», entran con mayor razón en la alusión satírica. No puede negarse que la fórmula se ha popularizado bastante; parece haberse constituido en un lugar común ya casi inevitable.

A Barrett le dolía y exasperaba el hecho de que una de las zonas más castigadas de nuestra realidad socio-cultural latinoamericana pudiera encajarse en una charada irresponsable o en vagas improvisaciones. El apólogo de Barrett define también con una suerte de transida ironía su propia situación como buscador y descubridor de esta realidad que él sí exploró en sus hondones más recónditos; adquiere su verdadero sentido: el de un proferimiento que brota de una desesperación tranquila, aunque no reposada ni resignada, que apela al porvenir, a la conciencia de la gente espiritualmente aguerrida que no pueda echar a broma un asunto tan serio.

UN PARAÍSO TERRESTRE

Extraño destino el de estos buscadores de la isla misteriosa.

Casi tres décadas después de la muerte de Rafael Barrett, Georges Bernanos dejó su tránsito testimonio: «Hace algunas semanas partía para el Paraguay, ese Paraguay que el diccionario Larousse, de acuerdo con Le Bottin, califica de *Paraíso Terrestre*; pero bien sé que no he terminado de buscarlo, que lo buscaré siempre, que buscaré siempre esa ruta perdida, borrada de la memoria de los hombres».

El peregrinaje de este espíritu religioso, de este buscador de Dios, que no se resigna a no encontrar la ruta de los hombres, el camino del Hombre, revela la potencia fascinadora del mito del Paraíso terrestre y de un país devorado por el mito; por los falsos mitos, habría que corregir.

Bernanos había ido a buscar al Paraguay «esa ruta perdida, borrada de la memoria de los hombres». ¿Por qué allá? El autor de *Los grandes cementerios bajo la luna* hablaba sin duda de la humanidad. Pero, ¿no la había visto representada en pequeño en esa colectividad que vivía como en castigo junto a uno de los más hermosos ríos de la tierra? Un buscador de Dios como él, hablaba en nombre de los desposeídos. Sabía que sin su rescate en la comunión y en la solidaridad, en la tierra y en el tiempo de los hombres, la salvación mística era imposible. Y a pesar de todos los fracasos, no abdicó de la esperanza en el Paraíso Terrestre.¹ Bernanos, sin embargo, no vio su cara infernal; ésa que *quema* la memoria de los hombres. Barrett, en cambio, se quemó entero en esa realidad que nada tenía de mítica, ni de mística. Vivió y combatió en ella. La describió. Fustigó sin temor y sin descanso sus terribles estigmas.

Varios siglos antes, otro buscador de Dios, León Pinelo, el cosmógrafo y teólogo de Chuquisaca, afirmó y probó en uno de sus libros (una especie de Teodicea, o más sencillamente una teología natural) que el Paraíso Terrenal estuvo situado aquí, en el corazón del Nuevo Mundo, del continente indígena, como «un lugar corpóreo, real y verdadero», y que aquí fue creado el Primer Hombre.

LOS PEREGRINANTES

Desde Pinelo a Bernanos continuó la peregrinación de muchos otros buscadores. Habría que citar, entre otros, a Aimé Bonpland, uno de los primeros. Compañero de Humboldt, en las primeras décadas del siglo pasado, Bonpland fue «prisionero» del doctor José Gaspar Rodríguez de Francia, El Supremo del Paraguay, que lo liberó cuando él quiso desdeñando y dejando sin respuesta al desafío de Bolívar que lo amenazó voladamente con una invasión para rescatar a su amigo, el sabio francés. Durante los nueve años de su tranquilo cautiverio, Bonpland anduvo recogiendo el «cielo de las plantas» de las Misiones, venerado por los campesinos paraguayos, llorado por ellos y llorando con ellos tuvo por fin que marcharse cuando la misma inexorable voluntad del Dr. Francia decidió su destierro.

Habría que citar también a José Gervasio Artigas, el gran luchador oriental que vivió y murió en el Paraguay (cuando se asiló aquí), luego de treinta años de exilio como campesino libre; condición y situación a las que no quiso renunciar cuando sus compatriotas lo llamaron y él habría podido volver a ser uno de los grandes jefes de la Unión Americana.

En el campo de las actividades intelectuales, se debe mencionar al doctor Viriato Díaz-Pérez, coetáneo de Rafael Barrett. Componente de la famosa generación española del 98, escritor, publicista, pero sobre todo maestro en el sentido genuino de la palabra, Viriato Díaz-Pérez murió también en el Paraguay después de casi seis décadas de «trabajos forzados.» «Prescindir del talento es una operación peligrosa», dijo Barrett. Pero usarlo a conciencia no es menos peligroso, pudo agregar según su propia experiencia.

Guido Boggiani, el etnógrafo italiano también vino al Paraguay a «buscar la ruta perdida» y perdió la vida por lo que más amaba: la develación del mundo originario en sus sobrevivientes autóctonos.

Hay que incluir en la lista a Josefina Pía, oriunda de las Islas Canarias que, inmovilizada ahora en su silla de enferma, sigue trabajando incansablemente por la cultura paraguaya, desde hace cincuenta años. Lo mismo puede decirse de la antropóloga polaca de renombre internacional, la doctora Branislava Susnik, fundadora y maestra de la ciencia antropológica en el Paraguay, y una de las mayores autoridades y conocedoras de sus problemas etnográficos y sociales.

Es cierto que al Paraíso Terrestre no le faltaron otras especies de visitantes, ni siquiera los típicos viajeros ingleses, como los hermanos Robertson en tiempos del dictador Francia.

Luego de la hecatombe del 70, el general Domingo Faustino Sarmiento, autor del *Facundo* (uno de los mayores libros de nuestra literatura latinoamericana) fue a morir apaciblemente en Asunción, olvidado ya de que, al final de la guerra de la Triple Alianza (que concluyó cuando él era presi-

dente de la república) había ordenado exterminar a los «dos mil perros», combatientes paraguayos en su mayoría niños, que aún le quedaban a Solano López. Él, el predicador de la civilización contra la barbarie, debió suponer que era la civilización la que exigía que esos dos mil niños fuesen aplastados bajo los cascos de los caballos invasores. La muerte tranquila, casi beatífica, de Sarmiento en el Paraguay deja entrever otra cara más de la misteriosa isla: la de su potencia de olvido, su hospitalidad. Habla bien de Sarmiento y del Paraguay.

LA TIERRA SIN HOMBRES DE LOS HOMBRES SIN TIERRA

Cuando llegó al Paraguay, a comienzos del siglo, Barrett supo muy bien a qué isla llegaba: no a un Paraíso Terrestre sino a un vasto penal en el sentido de un vasto terral de penas en el que crecía lozana la cotidiana reforestación del sufrimiento, y también en el sentido de tierra penitenciaria. Su apariencia paradisiaca, la arcádica visión que los aedas nativos y los folkloristas de égloga habían superpuesto a la realidad de una nación deshecha, de una colectividad aniquilada, no ocultaron a sus agudas miradas las ruinas, los escombros espirituales y materiales, la degradación que reinaba en todas partes. Los rescoldos de la tragedia paraguaya humeaban aún. No hacía más de tres décadas la salvaje guerra de exterminio de la Triple Alianza había arrasado a sangre y fuego la nación guaraní a lo largo de cinco años.

Barrett asistió a las consecuencias de esta primera gran guerra internacional latinoamericana que la conjura de las oligarquías rioplatenses aliadas a las del imperio del Brasil y tramada con el patrocinio del imperio británico, bajo el ominoso y sarcástico signo de la «independencia protegida», desató contra el primer experimento de autonomía y soberanía que se realizaba en el continente. Por lo demás, era obvio que luego de su pardal y a medias frustrada emancipación del yugo colonial español, el pasaje a una supuesta vida independiente de nuestras colectividades había sido rápidamente enajenado por la potencia imperial de turno y anexado a sus dominios. Las invasiones inglesas al Río de la Plata. Esta nefasta historia es bastante sabida para insistir sobre ella.

A un observador como Barrett, que venía de allende los mares y que conocía por propia experiencia los resultados del comportamiento expansivo y depredador de los imperios —los que habían construido su propia patria, España, y la de su padre. Gran Bretaña—, no podían escapársele las circunstancias de lo que había acontecido y estaba aconteciendo en el Paraguay.

El percibió de entrada los hilos más finos de esta conjura anti-nacional y antiindependentista de dominación y expoliación, de semicolonía y atraso en que nuestros pueblos viven desde entonces. Conoció la agonia de un pueblo entero. Chapoteó en la baba sanguinolenta de esclavi-

tud, de abyección, de envilecimiento, que se habían impuesto a los escasos sobrevivientes.

Desde 1865 a 1870, hasta el trágico y en cierto modo profético grito de *¡Muero con mi patria!* de Solano López, asesinado por las hordas imperiales a orillas del Aquidabán, en el último bastión de Cerro-Corá, la población del Paraguay de cerca de dos millones de habitantes, quedó reducida a menos de trescientos mil ancianos, inválidos, mujeres y niños. Hombres en la edad viril no sobrevivieron más que los prisioneros y el centenar de espectros vivientes de Cerro-Corá. Una población de fantasmas ambulantes sin pan, sin hogar, sin destino. Larvas humanas del desastre. Salvo, naturalmente, los aliados y guías nativos de los invasores cuyos privilegios quedaban a partir de entonces férreamente asegurados como testafierros de la dominación.

«El hogar paraguayo es una ruina que sangra —subrayó Barrett—; es un hogar sin padre».

UNA «MURALLA CHINA» EN EL PARAGUAY

El radiografió nítidamente la situación que se había «estabilizado» durante estas tres décadas de barbarie, opresión y expoliación, peores, mucho más crueles aún que en los más bárbaros y salvajes tiempos de la conquista y la colonia. Esto era y continúa siendo un coto cerrado de caza; una isla esfumada en el misterio de la más absoluta impunidad. Una isla, sí, pero rodeada de tierra por la inmensidad de las selvas, de los desiertos infranqueables. «La inmensidad nos tiene prisioneros», reconoció muy pronto Barrett. Él sabía que se había metido en el Paraguay por el ojo de una aguja. No se ocultó a sí mismo lo arduo de la empresa. Calculó muy bien las puntas del peine que necesitaba para desenredar esta monstruosa maraña de cabelleras de muertos y de vivos; para peinar el desmelenado delirio de esta realidad, y sabía que sólo debía y podía hacerlo a contrapelo, a contramuerte, contra todo lo que se opusiese a esa suerte de apostolado laico que él había elegido.

Como observador y testigo actuante del lento resurgimiento de la nación arrasada, a Barrett no se le ocultó tampoco que esta «estabilización aparente» era otro de los fenómenos cuya anomalía no llevaba al Paraguay a una gradual recuperación de sus recursos humanos y naturales sino, por el contrario, a una desestructuración aún mayor de los mismos. Las prerrogativas y franquicias ilimitadas del capital foráneo continuaban siendo expoliadoras y depredadoras. Dividieron al país en dos zonas de explotación económica: la del tanino, en el Chaco, la desértica región occidental, y la de los yerbales al este y al sur de la región oriental, tomando como eje el río epónimo, verdadera columna vertebral del país.

Barrett asistió al impacto avasallador y destructor del capital extranjero, especialmente argentino e inglés, en su primera etapa, adueñándose de

las mejores tierras y de la casi totalidad de los medios de producción. Sus métodos de explotación económica —a través de la dominación política en connivencia con la oligarquía local— introdujeron la peor burguesía capitalista y luego los excesos del capitalismo monopolizó estableciendo estructuras de corte semifeudal y semicolonial sobre la base del monocultivo y la extracción de materias primas. Por otra parte, la mano de obra en las condiciones del «trabajo esclavo» ya descritas, que mantuvieron al obrero paraguayo en una primitiva ruralización, favoreció esta instauración (a la que seguiría décadas después la dominación imperialista norteamericana cuya punta de lanza es hoy en América Latina el sub-imperio brasileño).

En tales condiciones no advino, no podía advenir, una «conciencia de clase», no sólo por estas condiciones del trabajo esclavo; menos aún la posibilidad de concentraciones obreras por el aislamiento y las largas distancias que separaban las dos zonas más activas de trabajo en el Chaco y la Región Oriental.

En esta situación, se comprende que la actitud concientizadora de Barrett fuese la única posible y la más eficaz que podía darse por entonces.

UNA REALIDAD QUE DELIRA

No hay mirada sobre el Paraguay, en efecto, que no ofrezca esta extraña sensación de irrealidad. Entre nuestras colectividades americanas sometidas a dominación, a pesar de su pregonada condición de repúblicas, ninguna como ésta depara en sus vicisitudes los rasgos de una fábula aciaga cuyas imágenes más increíbles son, precisamente, los hechos de su propia realidad que «delira como un moribundo y nos arroja al rostro ráfagas de su enorme historia».

Porque lo misterioso no es, desde luego, el mundo natural, etnográfico o lingüístico. Ruiz de Montoya, Charlevoix, Azara, Bonpland, Bertoni, D'Orbigny o Métraux, y más recientemente Bartomeu Meliá —el que mejor ha estudiado hasta hoy el fenómeno del bilingüismo paraguayo, por ejemplo—, se las arreglaron muy bien para mensurarlo y describirlo minuciosamente, al extremo que de él sólo han quedado unos pocos semisecretos. El mundo secreto es el de la vida social; el drama humano es lo misterioso. Lo verídico es aquí lo inverosímil. Lo fantasmagórico es lo real. Hecatombes colectivas en que las facciones se enfrentan con la divisa de un pañuelo de color o sus respectivos ponchos partidarios a falta quizá de verdaderos programas de reivindicaciones sociales y políticas y como la expresión más patente de las lacras ideológicas del caudillismo y la autocracia al servicio de los intereses extranjeros. Hechos monstruosos se repiten cíclicamente. La lucha política ha quedado reducida así a un flujo y reflujo de vendettas entre facciones rivales. El país convertido en presidio para la fabricación de la ciudadanía ideal. «¿Quién mejor que el buen pre-

sidiario cumple la ley? Es la ley hecha carne, hecha ejemplo», ironizó Barrett con dolido sarcasmo.

EL «REPERTORIO DE SECRETOS»

Muchas conjeturas se han ensayado para explicar lo inexplicable; es decir, lo que por tan obvio resulta inexplicable. Al pretender escapar de la «mitología» como coartada de la historia, algunos caen en otro atajo peor: el de querer explicar por la vía del absurdo una realidad anómala, cuando esta anomalía se explica precisamente por la simplicidad de sus contradicciones; contradicciones por lo demás típicas y características de nuestras colectividades víctimas del atraso.

Rafael Barrett vio claro esto desde el principio en sus causas y en sus efectos. «Las raíces de la nación —denunció— están, como las del árbol, bajo tierra. Son los muertos. Los muertos están vivos. Las generaciones pasadas alimentan a las generaciones presentes. Nuestras calamidades son la ramificación de las calamidades antiguas que no pudieron ser detenidas o desviadas o acabadas en su origen. Nuestro pasado es el terror, y en el terror seguimos viviendo. El terror gobierna, como ha gobernado antes. Aparece como una fatalidad. Los de abajo esperan. Los de arriba se encuentran prácticamente privados de todo instrumento de dirección y de orden, excepto el látigo. Por la ley fatal de la menor resistencia, empuñan el látigo, y a los viejos y genuinos motivos de embrutecimiento y decadencia moral se añade el actual abuso, siempre más abrumador, que constituye, sobre todo en la campaña, el único sistema administrativo».

BAJO EL TERROR

Empapados de este antiguo terror, saldrían después sus escritos de *El terror argentino* y *El dolor paraguayo*. Pero no nos apresuremos en un recuento bibliográfico que aquí sólo tiene relativa importancia. Estamos abriendo las hojas vivas, laceradas, admonitorias, del hombre Barrett; de su obra tan identificada con su vida, al punto que no se puede distinguir la una de la otra. Cuando habla de la inmensidad que mantiene prisioneros a los habitantes del penal misterioso, inhumano, impune, él mismo escribe y describe: «Aquí las cosas no nos recuerdan, no nos ven: llanuras sin término, de un pasto de búfalos, cruzadas por traidores esteros; bosques que ponen una severa barra oscura en el confín de lo visible; malezales cómplices del tigre y de la víbora; peligro y majestad. Ni el azar mismo nos concilla con esta soledad definitiva. Nada de humano nos circunda. Pudo el antropoide, tronco de nuestra extraña especie, no haber salido jamás del misterioso no ser adonde tantas otras especies tornaron al cumplirse los tiempos, y estos llanos alternarían idénticamente su ritmo infi-

nito, y estos montes exhalarían en la lóbrega intimidad de su fondo, igual aliento salvaje».

¿Qué es esto? ¿Prehistoria de la desesperación? ¿Etnobotánica y zoología de las salvajes especies devoradoras? No, de ningún modo; la lectura de los textos barrettianos —vida y obra— tienden siempre a la confrontación y a la contradicción dialéctica; es un lenguaje que mana de la vida y no de meros recipientes librescos. De los descensos en esta geología de la desesperación inhumana, Barrett siempre emerge con un puñado de verdades humanas. El mismo se encarga de establecer la rotunda negación: «No, dice el cielo ensanchado por la tierra; *no*, dice el árbol que levanta sobre la siniestra espesura sus brazos eternos; *no*, repiten los buitres inmóviles, espías de la muerte; y para venir a encerrarse en perdurable encierro, con tan imponentes testigos, para afrontar todos los días, hasta el último de nuestros pobres días, tan grandioso y fatal espectáculo, preciso es traer otra soberbia negación en el alma, un odio implacable, o un desprecio feroz, o una tranquilidad terrible, o una resignación de granito...».

Este peine fino y acerado de su palabra, de su pluma, de su docencia, es el que pasó Barrett por la cabellera de vivos y difuntos, enredada en una especie de no vida, por exceso de vida y de muerte, cuando llegó a la isla de hombres sufrientes y decidió de una vez para siempre adoptar su dolor.

«Pero he aquí que yo no tengo temor —clamó—. Yo hablaré. No lamentéis que os hable un extranjero. No soy un extranjero entre vosotros. La verdad y la justicia, cualquiera que sea la boca que la defienda, no son extranjeros en ningún sitio del mundo. Y si lo fueran, ¡qué dignos seríais de infinita lástima!».

PAPIROFAGIA RITUAL

La llegada de Barrett al Paraguay coincidió con una de las «revoluciones», o mejor dicho convulsiones de su epilepsia política. (La epilepsia se denomina en guaraní, gráficamente: la *muerte-en-pie*). Convulsiones hechas a fuerza de tiros, de saqueos, de vejámenes, de tendales de víctimas inocentes. «Barrett entrando con los redentores indígenas —escribe José Concepción Ortiz— se nos figura un Cristo adviniendo entre bandidos. El rapsoda del *Dolor Paraguayo* en un campamento».

Pocos años después, ese mismo hombre alto y desgarbado, de miradas febriles, era conducido por esbirros a la casa de gobierno, junto con el administrador del periódico *Germinal*, en el que denunciaban las atrocidades y las inmoralidades del régimen de turno. Por lo demás, no es un hecho desusado en Asunción, o en cualquier sitio del país, ver marchar entre bayonetas a hombres prisioneros rumbo a previsibles destinos. *Germinal* era la barricada de combate de Barrett y Bertotto. Habían cometido la insolencia de

publicar un violento artículo contra el régimen que en ese momento regía los destinos del país por manos de un famoso coronel. El programa de gobierno que había expresado claramente a otros militares que quería ganar a su causa era «tener a todas las mujeres del Paraguay».²

El coronel ordenó a los esbirros que hicieran comer a Bertotto, el administrador de *Germinal*, la hoja que contenía la diatriba. Pretendieron hacer lo mismo con Barrett. Por supuesto éste se negó al ultraje y profirió su indignación. El coronel lo amenazó con su pistola. Barrett lo miró fijamente, sin inmutarse, y le dijo: «¡Lo esperaba todo de un coronel paraguayo, menos que fuera un cobarde!». El mandón con charreteras, futuro constructor de serrallos, no insistió; habituado a ejercicios más serios, acaso comprendió oscuramente que no podría debelar jamás a aquel hombre enfermo pero indomable, afilado ya por la muerte, erguido ante él no como un reo de lesa tiranía, sino como una presencia acusadora que venía a pedirle cuentas en nombre de una muchedumbre de silenciosos. Entonces se limitó a desterrarlo.

Numerosas anécdotas, similares o distintas a éstas, han sido recogidas por los testigos de la época; todas igualmente explícitas en cuanto a su carácter y a su personalidad. Pero no son las anécdotas las que definen mejor la trayectoria de su vida, sino la esencialidad de sus actos.

LA PALABRA EN ACTO

El, un hombre formado en el rigor de las disciplinas matemáticas, de vasto saber y erudición en todos los campos de las ciencias humanas, comprendió que no podía bastarse con su trabajo de pluma («¡Pluma mía —apostrofó— clávate hasta el mango! ¡Pero los miserables que ejecuto no tienen sangre en las venas, sino pus, y el cirujano se llena de inmundicia!»). Tampoco le habrían resultado útiles los métodos de cuantificación estadística de la sociología actual, anexada ideológicamente a los factores internos y externos de dominación.³ De todos modos, él también comprendió desde el principio que no podía limitarse a enseñar a las nacientes generaciones filosofía, estética, filología, literatura, todo el aparato de la cultura tradicional en un contexto deculturado, desestructurado en todos los órdenes: la mayoría de la población sumida en el analfabetismo y la miseria; la minoría de intelectuales genuinamente capaces no alcanzaban a contarse con los dedos de la mano.⁴ No eran estos, sin embargo, los peores males que la tragedia nacional del 70 había deparado al país.

EL DOLOR PARAGUAYO

Sumergido en esta «gran catástrofe de recuerdos», que el esplendor del pasado hacía aún más patética, Barrett comprendió que no podía compli-

carse con la euforización artificial de un pueblo postrado en una larga convalecencia. Se negó a la predicación de un pseudo evangelio patrioterista y nacionalista del peor cuño y del no menos falso mito del etnocentrismo guaraní. Asumió, pues, plenamente, intransigentemente, hasta sus últimas consecuencias, el mandato de su pasión moral. Supo que debía enseñar con la palabra, con el ejemplo; no sólo con la teoría de una utópica liberación, sino con la estrategia del desenmascaramiento ideológico en todos los planos, mediante el acto de la palabra y la palabra en acto; a través de una irrenunciable praxis denunciadora y liberadora. Este fue en realidad el fondo ideológico —no ideologizado— de su credo anarquista, sobre el que la reacción no vaciló en tejer su leyenda negra para perder al osado aguafiestas. Barrett quería formar generaciones de hombres que supieran *pensar* y obrar *libremente* en la construcción de un futuro menos inhumano, menos dominado, menos sometido. Por ello se le endosó el mote de «librepensador» como un rótulo injurioso y descalificador, subversivo y peligroso.

El genio idealista de Barrett, en el buen sentido, no se compadeció sin embargo con simples blanduras y efusiones de compasión humana. Creó sus objetivos concretos y trabajó por ellos con la entrega de su propia vida. «¿Quién intentará curar, consolar a los que lo perdieron todo: fe en el trabajo, poesía serena del hogar, poesía ardiente de una ternura que elige, sueña y canta? ¿Quién confortará a los que aún no rompieron en llanto y en ira? ¿Quién tendrá bastante constancia para combatir los fantasmas fatídicos, bastante piedad y respeto al tocar las raíces sangrientas del mal, bastante paciencia para despertar las mentes asombradas, bastante dulzura para atraerse las criaturas enfermas?», se pregunta y demanda en uno de los primeros artículos que luego compondrían el libro de *El dolor paraguayo*.

En seguida incita en una fervorosa arenga: «Universitarios que proyectáis regeneraciones, retóricos del sacrificio, abandonad esa colmena central y dispersaos por los modestos rincones de vuestro país, no para chupar sus jugos a los cálices ingenuos, sino para distribuir la miel de vuestra fraternidad. Talentos generosos, prosperad todavía; haced maestros de escuela, curitas de aldea; acudid a la simple faena cotidiana, y en las tardes transparentes, a la vuelta del surco, hablad al oído a vuestros hermanos que sufren, ¡que sufren tanto que no saben que sufren! Pero si no hay amor en vosotros quedaos en la colmena y dedicaos a la política. Vuestra solicitud sería la postrera y la peor de las plagas». Es obvio que Barrett se refería a la mala política de las facciones en pugna por el dominio del poder al servicio de los intereses de dichas facciones, y no a una política verdaderamente liberadora y transformadora.

No se hace ilusiones, desde luego. En otro artículo del mismo libro previene:

«Los gobiernos han descubierto que la instrucción obligatoria no les compromete como ocurriría si en las escuelas se aumentara el vigor moral de los contribuyentes. Los gobiernos montan con entera confianza la maquinaria académica... Sería una fuente de regeneración incalculable, aquí sobre todo, donde los hogares más constituidos hacen muy poco en favor de los hijos, enviar a la campaña un heroico regimiento de cien maestros, cien hombres de corazón, capaces de ser estimados por los niños, y resueltos a sembrar en las almas auroras el germen de la sinceridad y de la libertad de ideas (¡siempre su obsesión del *pensamiento libre!*). Pero, esos hombres, ¿los habrá en el Paraguay, los habrá en América, los habrá en este valle de lágrimas?».

Él sí se lanzó febrilmente a un contacto de viva voz, de magisterio directo donde quiera que fuese, con obreros, estudiantes y campesinos. Les dictó cursos y conferencias sobre temas culturales de diversa índole, y sobre todo, de adoctrinamiento político y social. En esta fragua concibió y forjó las formulaciones teórico-prácticas de *La cuestión social*. Descendió a los infiernos de los yerbales. De allí extrajo esa proclama de fuego: *Lo que son los yerbales*, donde se hace una de las más vividas descripciones del trabajo esclavo que se han escrito en América hasta hoy; un régimen que, después de todo, no es únicamente el bárbaro patrimonio del atraso paraguayo.

Es claro; un hombre de este temple resultaba un testigo insobornable y peligroso que la oligarquía nativa no podía tolerar. Constituía, además, un riesgo de contagio que podía extenderse. La presencia de lo americano palpitaba en la palabra y en la acción de Rafael Barrett.⁵ Esta levadura que henchiría después las palabras de hombres igualmente intransigentes como Mariátegui y otros iguales a él, leudaba el alma y la inteligencia de este hombre entregado por entero a su causa, que era la de todos; aceraba su lucidez y su energía indomables, que sólo la muerte iba a poder apagar.

BARRETT VISTO, OÍDO Y LEÍDO POR SUS CONTEMPORÁNEOS

Ya entonces, sin embargo, las voces más insospechables se levantaron para testimoniar honradamente sobre su vida y su obra. Así, Rodó le dice a él mismo en una carta: «Su crítica es implacable y certera, su escepticismo es eficaz, llega a lo hondo; y sin embargo, la lectura de esas páginas de negación y de ironías hace bien, conforta, ennoblece. Y es que hay en el espíritu de su ironía un fondo afirmativo, una lontananza de idealidad nostálgica, un anhelante sueño de amor, de justicia y de piedad, que resultan más comunicativos y penetrantes así, en el tono de una melancolía sencilla e irónica, que si se envolviesen en acentos de entusiasmo y de fe, o de protesta declamatoria y trágica. Una de las impresiones en que yo podría concretar los ecos de simpatía que la lectura de esas crónicas despierta a cada paso en

mi espíritu, es la de que, en nuestro tiempo, aun aquellos que no somos socialistas, ni anarquistas, ni nada de eso, en la de la acción ni en la de la doctrina, llevamos dentro del alma un fondo, más o menos consciente, de protesta, de descontento, de inadaptación contra tanta injusticia brutal, contra tanta hipócrita mentira, contra tanta vulgaridad entronizada y odiosa, como tiene entretejidas en su urdimbre este orden social transmitido al siglo que comienza por el siglo del advenimiento burgués y de la democracia utilitaria».

El ya nombrado Viriato Díaz-Pérez, que lo conoció de cerca, afirma en sus recuerdos del compañero de penurias y trabajos: «He podido observar en estos últimos años, que a manera de postuma compensación de una vida malograda como fuera la de Barrett, su renombre se extiende y se impone, adquiriendo, un poco tarde en verdad, la gloria a que tenía derecho. Al fin no será ya discutido aquel viril y extraordinario intelecto que la mediocridad asediara en vida con saña alevosa. Y cabe decir: si los seis u ocho volúmenes de Barrett se hubiesen perdido (—para desgracia de las letras— como pudo haber sucedido sin la providencial intervención del editor uruguayo Bertani) una indicación bastaría para revelarnos el valor de la obra: lo atacado que fue su autor en vida, y... lo ensalzado que viene siendo... después de muerto».⁶

No obstante lo aseverado por Viriato Díaz-Pérez en 1922, el rescate de Barrett sigue siendo aún hoy difícil, incompleto, y lo que es peor, deformado por falta de conocimiento y hasta por olvido interesado o deliberado — la mala memoria es dócil a las intimidaciones de la mala conciencia— de lo fundamental de su obra, de las líneas centrales de su pensamiento. Obra y pensamiento vertidos, como ya se ha dicho, al correr de la pluma, en la urgencia de la lucha incesante; el pensamiento y la obra de un escritor, de un hombre de acción, «produciendo —como lo reconoció Vaz Ferreira— en las más tristes e inverosímiles condiciones, en el torbellino del periodismo diario, sin tiempo, sin salud, y que supo dar sin embargo a sus producciones una densidad intelectual tan fuerte y al mismo tiempo un calor tan poderoso de humanidad, que ha conseguido sintetizar una de las más puras y bien ligadas aleaciones de inteligencia y sentimiento».

EL «ACRATISMO HÁBILMENTE SOSTENIDO»

En sus recuerdos del compañero y amigo, con el cual disenta políticamente —hay que decirlo, aunque él fuese también un anarquista intelectual—, Viriato Díaz-Pérez confirma que Barrett «últimamente militaba con vehemencia y entusiasmo, muy en armonía con su temperamento, en las más caldeadas regiones del socialismo y la protesta; debo ser más exacto: dentro del acratismo hábilmente sostenido».

Empero, nadie más explícito que el propio Barrett para definir la verdadera índole de su credo libertario y socialista.

A lo largo de estas glosas, a través de las citas de los textos barrettianos en que ellas se apoyan, su ideario se expresa con absoluta transparencia. En él, las ideas políticas, su pensamiento, sus intuiciones y premoniciones acerca de la transformación de la sociedad, confluyen, se entrelazan y se identifican plenamente con los sentimientos de un humanismo redentorista, mucho más cercano Barrett, en esto, a Tolstoi que a un Krópotkin o a un Bakunin. Valdría la pena citar algunos otros fragmentos que clarifican aún más su actitud ideológica y su militancia política.

«Una ilusión común es la de las formas de gobierno —dice Barrett en uno de sus libros—. Se cree disminuir la tiranía suprimiendo al tirano, y establecer la libertad por un decreto. Se supone que la figura de la vasija cambia la naturaleza del líquido, y que una constitución y un parlamento sirven para algo. Se asombra la gente de que sea tan exactamente imposible ejercer los derechos cívicos ahora que se reconocen y recomiendan por la ley, como en la época de un despotismo concentrado en un hombre y consagrado por el pueblo. Es que el sentimiento de la dignidad personal no es obra de políticos. No es en los convenios de los conspiradores con suerte donde nace la justicia, sino en los hogares. No es en las costumbres públicas donde empieza el progreso, sino en las privadas. Cuando los corazones siguen intactos, las reformas escritas se reducen a un detalle grotesco».

Se podría disentir en lo esencial de este pensamiento; hay en él una contradicción —de las muchas que el impulso humanitario de Barrett dejaba escapar pese al rigor de su pensamiento—, y esta contradicción se relaciona con el concepto de las transformaciones revolucionarias genuinas que surgen no de lo privado a lo público, sino a la inversa, de lo público a lo privado. Los corazones «siguen intactos» en el «santuario» de los hogares, por más dignos y progresistas que sean, si las estructuras sociales, continúan intactas. Y es esta mutación dialéctica la que fundamenta una verdadera transformación revolucionaria que abarca el todo y no solamente algunas de las partes. Pero Barrett alude ya en este concepto a la anulación del poder y del estado reaccionarios como fuentes de perversión pública y privada: «El anarquismo es una teoría filosófica. Anarquista es el que cree posible vivir sin el principio de autoridad». Lo recalca cuando en otro artículo añade: «En resumen, es forzoso desinfectar la generación presente y educar la generación venidera en el alejamiento de la política y en el desprecio del poder... ¡Ser amigo del poder! No hay más que una amistad posible con los poderosos: la esclavitud».

EL ANARQUISMO DE BARRETT

En *La cuestión social* define, no el anarquismo en general, sino el concepto y praxis de su anarquismo humanista y moralizador: «No hay que hacerse ilusiones; una clase crece siempre más de prisa en fuerza material que

en fuerza moral. El proletariado, al volverse más fuerte, se vuelve más violento. Por desdicha, es probable que triunfe por la violencia, como han triunfado en la historia todas las renovaciones humanas. Ante la venidera revolución, sólo cabe esperar, según esperamos los que tenemos fe en nuestro destino, que se sustituyan las violencias estériles por las violencias fecundas».

Para Barren el anarquismo, «extrema izquierda del alud emancipador», representa el genio social moderno en su actitud de suma rebeldía. «No haré a mis lectores la ofensa de suponerlos capaces de confundir, a semejanza de lo que *fingen* muchos burgueses interesados, *anarquista y dinamitero*. Sería pueril temer que Anatole France, anarquista intelectual, o León Tolstoi, anarquista místico, nos lancen alguna bomba (...) Aun hay quien se figura que la idea abstracta conduce al crimen. No: no es el metafísico libertario el que lanza la bomba, sino el gorila de los bosques prehistóricos (...) No se asuste tanto del anarquismo; consuélese con la certidumbre de que los anarquistas parecerán algún día anticuados y demasiado tímidos. ¡Sólo la vida es joven! (...) Hay una cosa quizás más grave que los explosivos: es la crítica anarquista, la lógica implacable de los que han condensado su método en la famosa fórmula de Bakunin: *destruir es crear*».

Pero la fórmula y divisa fundamental de Barrett es *creer para crear*. La segunda: *esperar para no desesperar*. «Analizad las virtudes viriles —dice—, y descubriréis que se reducen a una: la esperanza. No seríamos jamás constantes, heroicos, verídicos, pacientes, si no esperáramos, si no esperara nuestra carne, nuestra inteligencia, nuestro ser oculto, si no confiáramos, hasta durante la agonía, en los frutos del tiempo».

PREDICADOR DEL PENSAMIENTO ANTIDOGMÁTICO

Barrett fue un hombre de una sola pieza, de una sola palabra; sobre todo en el sentido de la coherencia interior y exterior de su comportamiento y en la relación de éste con sus textos y con su obra de praxis política y social. Su vida y su muerte dieron la prueba extrema de que fue un hombre honrado y confiable: un predicador moral, más que un agitador de barricada, que sentía horror por toda clase de dogmatismos, incluso contra el que podría derivarse de sus propias ideas, que eran, después de todo, ideas-límite de vida y muerte. Esta es, precisamente, una de las virtudes que más valoró en él el ya citado Vaz Ferreira: «Fue un hombre de pensamiento, de sentimiento y de acción. Es el ejemplo con el cual acostumbro ahora sustituir el de Anatole France cuando quiero mostrar cómo es posible no ser un espíritu dogmático, tener más bien tendencias a la duda, y aun casi escepticismo a base de sinceridad, y ser, sin embargo, un hombre de acción —y de acción noble y valerosa—, quizás más eficaz y más noble que la de los dogmáticos».

«MI ANARQUISMO»

En el artículo titulado así (que no es de los primeros sino ya de los postreros), el propio Barrett lo definió con la claridad y precisión, con la contundencia de razón y pasión que caracterizan todos sus escritos: «Me basta el sentido etimológico: *ausencia de gobierno*. Hay que destruir el espíritu de autoridad y el prestigio de las leyes. Eso es todo. Será la obra del libre examen. Los ignorantes se figuran que anarquía es desorden y que sin gobierno la sociedad se convertirá siempre en el caos. No conciben otro orden que el orden exteriormente impuesto por el terror de las armas».

En las páginas dedicadas a Tolstoi, su pensamiento se perfila aún más en un sentido muy cercano al anarquismo panteísta y casi místico del eremita de Yasnaia Poliana; del gran solitario cuya soledad se puebla de esa multitud silenciosa de campesinos incultos que lo comprendían mucho mejor que los de su propia clase. «Fue algo más, mucho más que un genio solitario —dijo Barrett de Tolstoi: fue un hombre bueno (...) Fue bueno, es decir, fuerte, bastante fuerte para no mentir, valeroso, obstinado, indesviado de su rumbo, explorador y colonizador de las selvas y pantanos de su alma, viajero que venía de muy lejos, de muy abajo, a través de sí, estrangulando fieras y aplastando víboras, dominador de la noche y de la soledad (...) En Tolstoi, el ascetismo estético se confunde con el ascetismo moral, el poeta con el profeta. Es el anarquista absoluto».

En el paralelo que hace de Tolstoi y Gorki, dice de éste que es un hombre de acción; del otro, que es un contemplativo. «El uno se aprovecha de lo que existe para edificar la ciudad del porvenir; el otro, en su soledad majestuosa, fulmina y destruye. Gorki es constructor. Tolstoi, crítico. Tolstoi es el filósofo y el profeta; Gorki, el irresistible obrero».

¿No hace pensar esta comparación en una integración armoniosa pero férvida de las dos cualidades, en la naturaleza moral del propio Barrett, en el significado de su pensamiento y de su acción? Sus miradas febriles, su sonrisa ya agónica, cuando escribe su último artículo, precisamente sobre la muerte de Tolstoi, y da en su último refugio de Arcachon, los retoques finales a los originales de *El dolor paraguayo*, llegan hasta nosotros con la comprensión y la piedad de los que se han dado hasta la última gota de su ser para que se cumplan los frutos del tiempo.

LA DEUDA DE LA LITERATURA RIOPLATENSE CON BARRETT

No quisiera finalizar esta extensa y desarticulada glosa sobre la obra precursora de Barrett, sin valorar también en toda su magnitud su influencia fertilizadora en los autores de la literatura de imaginación —narrativa, poesía, teatro— del Río de la Plata. No sólo por sus fuentes y lecturas comunes, sino también por sus parejas inquietudes y actitudes.

El más simple cotejo de sus escritos con la producción de los componentes del grupo llamado de Boedo, en Buenos Aires, por ejemplo, y aun de los que no formaron parte de él, muestra una sugerente coincidencia en la concepción de un realismo crítico que venía a sustituir el de la ya vieja e inoperante tradición de un realismo ingenuo y de superficie. Con un lenguaje y una escritura de poderosa radiación personal negaba también, por anticipado, los excesos de un realismo populista y las gruesas simplificaciones del que después se denominaría, no menos erróneamente, *realismo socialista*. Barrett mostró cómo era posible producir textos de valores intrínsecos y autónomos; que no se proponían la simple transcripción de la realidad visible sino la mostración y revelación de la realidad invisible en la virtualidad de sus múltiples significaciones.

Castelnuovo, Stoll, Yunque, Barletta, los hermanos González Tuñón, Gustavo Riccio (que estuvo y escribió en el Paraguay), Roberto Mariani, entre varios otros integrantes del grupo de Boedo, registran este encuentro de «contemporáneos a destiempo» con Barrett, escritor y pensador.

Los cuentos y los artículos de Quiroga, en su innegable originalidad, revelan por ello mismo con mayor fuerza significativa la proximidad de Barrett en su lenguaje, en su concepción y en el tratamiento de los temas y problemas de la vida del hombre concreto en una situación concreta de la sociedad; este núcleo de convergencia interna que se torna después en foco de irradiación permanente, de universalidad en la unicidad personal; no son únicamente los vestigios de *uno en los otros sino*, más vale, los trazos y el signo del tiempo cuyas leyes son captadas por temperamentos afines, por más diversas, fragmentarias y disímiles que pudieran aparecer en su elaboración sucesiva.

En el Paraguay, la influencia de Barrett es mucho más definida y reconocible. Puede decirse que sus escritos constituyen el hito inicial de una literatura como actividad distinta a la de la simple producción historiográfica, predominante hasta entonces.

Los mejores narradores y poetas surgen a la sombra del denso pero casi invisible árbol barrettiano; invisible pero actuante en el olvido que lo circunda y esfuma. Barrett nos enseñó a escribir a los escritores paraguayos de hoy; nos introdujo vertiginosamente en la luz rasante y al mismo tiempo nebulosa, casi fantasmagórica, de la «realidad que delira», de sus mitos y contramitos históricos, sociales y culturales. A través de sus obras nos sigue mostrando de un modo indeleble y vivo la figura de un pueblo silencioso, de hombres con la boca rota por el esfuerzo del silencio de tantos siglos. Pero también nos enseña el modo de evitar los riesgos del mero barroquismo formal, de la falsa idealización, de la ideologización de estos mitos de la vida individual y colectiva, de sus acechanzas y coartadas. Su

escritura es una incisión precisa en el «árbol verde de la vida», y el jugo que mana es savia, no tinta.

Por mi parte, debo confesar con gratitud y con orgullosa modestia, que la presencia de Rafael Barrett recorre como un trémolo mi obra narrativa; el repertorio central de sus temas y problemas; la inmersión en esa «realidad que delira» que forma el contexto de la sociedad paraguaya y, sobre todo, una enseñanza fundamental: la instauración del mito y de las formas simbólicas como representación de la fuerza social; la función y asunción del mito como la forma más significativa de la realidad.

En muchos de mis cuentos, en mi novela *Hijo de hombre*, en particular —cuyo núcleo temático es la crucifixión del hombre por el hombre y también el hecho de que el hombre más que hijo de Dios es el hijo de sus obras—, está presente el ejemplo del «rapsoda del dolor paraguayo»; están presentes la dignidad de su vida y de su muerte, los símbolos y los mitos que Barrett excavó en la cantera viviente de una colectividad, en su transhistoria, la forma en que él supo revelar una realidad llena de enigmas y secretos.

En *Exodo*, uno de los capítulos de *Hijo de hombre* —que narra la huida de una pareja con su hijo pequeño del infierno verde de los yerbales—, a medio siglo de la muerte de Rafael Barrett, él reaparece míticamente al final de la historia conduciendo una carreta que se integra, fantasmal y real a un tiempo a la pesadilla de los fugitivos, para rescatarlos de ese infierno que él conoció y describió en toda su trágica dimensión. «Estaba sentado en el cabezal de la carreta vacía, como dormido, con la quijada hundida en el pecho. —Somos dos... —preguntó a gritos la mujer—. Tenemos un hijito... ¿Quiere llevarnos? El viejo asintió levemente. Entonces le vio fugazmente los ojos. Brillaban con una vivacidad casi juvenil que hacía chocantes las arrugas, la voz de caverna, esa lentitud de cien años enredada a sus miembros. (...) Así, ese viaje acabó pareciéndoles otro sueño, adormilados la mayor parte del tiempo por el suave traqueteo, entre esos dos diferentes, monótonos, incesantes sonidos y esos dos extraños y diferentes silencios, el del viejo sentado en el cabezal, el de Casiano tendido de bruces sobre las ramas, viendo pasar la tierra a través de las junturas de las tablas».

Fue sintomático que la crítica no descubriera en este personaje la presencia mítica del desmitificador de *Lo que son los yerbales*, y en este relato una transcripción literal de la crónica de Barrett, sólo que, en el caso de esta crónica alucinante, no se trataba de una realidad imaginaria, sino de una realidad descubierta y vivida por él.

LA ENSEÑANZA FINAL DE BARRETT

El hombre paraguayo de hoy —y por ende su expresión cultural— vive inmerso en una realidad falaz y despiadada, en esa *irrealidad* en que se ha

coagulado su historia. Su mayor enajenación es vivir desgarrado entre la realidad que debiera ser y la que es; entre esa plenitud de vida que le ha sido escamoteada por su propia historia y esta monstruosidad de vida vegetativa, de no-vida, que le han impuesto causas extrañas a su naturaleza y que han distorsionado el curso de su necesidad histórica. A siglo y medio del nacimiento de nuestra literatura latinoamericana, sus características vuelven a ser las de la literatura paraguaya de hoy. En esta crisis de fondo, todos los valores de la actividad cultural se han resquebrajado y subvertido conflictivamente. La misma impotencia que se advierte en el plano de la creatividad, y por las mismas razones, cohibe la demolición de los falsos mitos, la destitución de tabúes y supersticiones que obstruyen y deforman esa actividad cultural. Los poetas, narradores e intelectuales paraguayos tienen conciencia de hallarse en un punto extremo de la sucesión histórica. Tal vez esto los hace anormalmente conscientes de los problemas de su historia y de su sociedad. Se sienten sobre una línea de ruptura que es al mismo tiempo límite y comienzo. Para colmo de males, la penetración cultural y material del Brasil, al paso depredador de las antiguas «bandeiras», que se está apropiando rápidamente, e impunemente, del Paraguay en sus tierras, en sus fuentes de recurso, en su soberanía nacional y en la integridad de una sociedad pobre, desvalida pero homogénea, no hace sino agravar las circunstancias de esta dramática coyuntura histórica.

Los intelectuales paraguayos de hoy han tomado conciencia no sólo de estos males —los que ya señalara Barrett hace setenta años—; también como él enseñara, se hacen cargo, por encima de todas las compulsiones, de las causas económicas, sociales y culturales que los han engendrado. Para ellos —como lo fue para los que se esforzaron en cambiar las estructuras coloniales en su expresión cultural—, creación vuelve a ser necesidad de encarnación de un destino, voluntad de inscribirse en la realidad vital de una colectividad, en su medio moral y en su estructura social verdaderos, tal como lo predicó y vaticinó Rafael Barrett en una lección memorable cuya vigencia no hace sino volverse cada día más imperativa.

NOTAS:

- 1 En la otra América, Melville también habló de un Paraíso terrestre, que debía ganarse en el tiempo. Pero el mito del autor de *Moby Dick* encerraba connotaciones menos religiosas que la de Bernanos o de Pinelo. Su Paraíso en la Tierra era una persuasión del triunfo de la democracia norteamericana. Melville hablaba desde una conciencia nacional en ascenso sobre el horizonte y el dominio del mundo, si bien en algunos de sus poemas había levantado al mismo tiempo su voz contra los excesos de esta voluntad de expansión y de

- dominio. Aquí el mito moral se confundía con el mito político.
- 2 Ver la nota de Efraín Cardozo, *La historia de un demagogo del amor*. La Nación Supl. Lit., 5-1-1964, Buenos Aires.
 - 3 Alguna vez estudiarán analítica y críticamente la actitud y los métodos que empleó Barrett para mensurar la realidad social paraguaya, y se verá si la falta de rigor, la apasionada y utópica impulsividad de su credo libertaria, que le censuraron entonces, carecieron o no de razón. Y lo que es más importante, se comprobará la potencia de estímulo fermentario y fertilizador emanada de su vida y de su obra.
 - 4 Manuel Domínguez, Juansilvano Godoy, Fulgencio R. Moreno, Manuel Gondra, Juan E. O'Leary, Arsenio López Decoud, Modesto Guggiari, Ignacio A. Pane, Enrique Solano López, eran los componentes de estos cenáculos del novecentismo paraguayo.
 - 5 Argentina, Paraguay, Uruguay fueron estas localizaciones focales desde las cuales irradiaba su energía espiritual. En estas dimensiones nacionales y regionales adoptó el viejo dolor de América, uno y único, sólo diverso en sus circunstancias de tiempo y lugar.
 - 6 *El recuerdo de Rafael Barrett*, en Obras completas de Viriato Díaz-Pérez, ed. de su hijo Rodrigo Díaz-Pérez, vol. 2, 1973.